

**EDUARDO ZAMACOIS**  
**el quiniol de la semana**

**EL "PLATO DEL DÍA"**

dibujos de **Emilio Ferrer**



**L**A vizcondesa Claudina: veintiocho años, bellísima y—según dicen—viuda varias veces de ambas manos; pero absolutamente irreprochable siempre en sus trajes, conversaciones y actitudes. Viste de blanco. Sus ojos y sus cabellos son del color de la miel.

Don Vicente, marqués del Chápiro: seductor de oficio, algo averiado por nueve ó diez lustros de vida ociosa, y con amigos en todos los buenos Casinos de Europa.

La escena, en un restaurante *chic*, al aire libre. El camarero acaba de retirar el «segundo plato», casi intacto.

CLAUDINA.—No come usted, nada, marqués.

DON VICENTE.—Muy poco.

CLAUDINA.—Mal hecho... Hace usted la vida de un muchacho; no se abandone usted. (*Le mira coqueteando.*)

DON VICENTE.—No hallo manera de despertar mi estómago: me he puesto inyecciones, me he envenenado con toda clase de aperitivos... ¡y nada!... Lo único que me estimula algo es leer, en ayunas, la noticia de que algún mendigo ha muerto de hambre.

CLAUDINA hace un pequeño gesto.

DON VICENTE.—El ver comer incita á comer; creeríase que nuestro estómago se llena de envidia. Esta pasión, tan calumniada, dicta acciones vituperables, muy cierto; pero también nos obliga al Trabajo, padre del Bien. Por envidia queremos ser gloriosos, queremos ser ricos, tener el mejor automóvil, vivir en los mejores hoteles... La envidia es amarga; todos los buenos aperitivos lo son... Cuando veo un hombre del brazo de una hermosa mujer, siento envidia de su felicidad, y el recuerdo de usted se recrudece: «Si ella me amase—pienso—, yo sería el dueño de la mujer más linda de España.»

CLAUDINA (*mimosa*).—Hasta que se cansase usted de mí; en el amor, como en la mesa, hay un momento en que, fatalmente, llegamos á los postres.

DON VICENTE.—Ese es un grave error lanzado á la circulación por algunos psicólogos de bazar. El cáncer, cuanto más come, más grande es.

Claudina: el amor que yo la ofrezco sería como el cáncer... (*Transición.*) Esta langosta parece excelente. Hasta mi estómago se ha movido. Voy á servirle á usted...

CLAUDINA (*afectando gravedad*).—Pero, ¿es verdad lo que ha poco decía usted á propósito de los portoseros que fallecen de hambre?

DON VICENTE (*sorprendido*).—Usted no lee periódicos?

CLAUDINA.—Los de modas únicamente.

DON VICENTE.—Otra equivocación.

CLAUDINA.—¿Cuál?

DON VICENTE.—Creer que la «moda» se refiere exclusivamente á los trajes. Tiene usted candores infantiles. La mo-

da, como la atracción telúrica, está en todas partes. La moda interviene en la indumentaria, en las ciencias, en las bellas artes, en la política... En literatura, en arquitectura, hay modas también. ¡Hasta en filosofía!... Nietzsche, hace treinta años, estuvo «de moda». Más tarde, el modisto de las ideas—de esas ideas que «leva» todo el mundo—fue Bergson... Luego apareció Freud... La inclinación de los hombres á imitarse unos á otros—lo que llamamos mimetismo—ejerce influencia asimismo en los asesinos: hubo una época, por ejemplo, que podríamos llamar «la era del vitriolo», durante la cual las armas de fuego parecían decirse: ¿para qué nos habrán inventado?...

CLAUDINA (*interrumpiéndole*).—Sí, pero... los que mueren de inanición...

DON VICENTE.—A eso voy; el arte culinario no podía abstraerse al momento histórico; actual-

mente el «plato del día» es la carne humana.

CLAUDINA.—¡Qué horror! (*Moja sus labios en una copa de Chablis.*)

DON VICENTE.—Generalmente, son los próceres, á lo Chateaubriand, los patrocinadores de «la moda» culinaria. En el caso que nos ocupa, ha sucedido lo contrario, y hay una graciosa paradoja en el hecho de que no sea un frecuentador de los «palaces», sino algunos pobres diablos vagabundos, los patrocinadores de este nuevo plato que tanto me preocupa. Maupassant asegura que una vez, por curiosidad, comió carne de niño, y que no le gustó...

CLAUDINA.—Marqués... (*Suplicante.*)

DON VICENTE.—La encontré insípida.

CLAUDINA (*melindrosa*).—Conseguirá usted que la langosta me haga daño.

DON VICENTE (*seguro de que la vizcondesa se queja por gusto*).—Pero de Guy de Maupassant, que finó sus días en un manicomio, no debemos hacer caso. Además—y esta consideración la estimo capital—, en su época la carne humana no era «de moda». Francia, la primera, y luego Inglaterra, Alemania, Italia y los Estados Unidos, han impuesto al mundo sus trajes, sus químicos, sus músicos, sus deportes. El mismo Buenos Aires, en un día ya lejano, cruzó el Atlántico y conquistó á Europa con su «Tango argentino»... Únicamente el Oriente inmenso y desconocido permaneció postergado hasta este momento, en que sus mendigos han revolucionado el arte culinario universal con un plato de su invención.

CLAUDINA (*divertida*).—¿Cree usted que la moda se impondrá?

DON VICENTE.—Probablemente, no; pero el hecho supone un anhelo de renovación que debemos aplaudir. Sin embargo, Asia haría mal si se adjudicase, íntegro, el mérito de su descubrimiento, pues el canibalismo tiene distinguidísimos antecedentes en España.

CLAUDINA arquea sus cejas, discretamente pintadas.

DON VICENTE.—Todas las semanas, en la «crónica roja» de nuestros

